castiga y derrota sin inteligencia? En aquel tiempo no había idea de leyes naturales. Esta libertad de los elementos produjo la mitología, haciendo de ellos poderosos agentes animados. ¿A cuántos mitos no habrá dado lugar la tempestad?

El hombre dedujo de los movimientos de la naturaleza su animación, ni más ni menos que aquel perro que ladraba á un paraguas movido por el viento; pero no es menos cierto que esta creencia en la animación de los objetos y de los elementos es un principio de espiritualismo metafísico, y que la religión y la mitología le deben el ser.

Que esta animación fuese una ó múltiple en el seno mismo de la unidad, en el pensamiento de los primeros hombres, importa poco, y hemos dicho ya nuestro parecer; mas la distinción de buenos y malos agentes debió de surgir pronto, mucho antes de llegar á condensarse en la lucha de los dos principios en la religión de Zoroastro.

Un hecho se desprende de todo esto, y es: que el elemento metafísico se impuso al hombre desde el momento en que empezó á hacer uso de su razón por medio del principio de causalidad. Los hombres prehistóricos de la edad del bronce, del reno ó de la piedra, que prepararon el planeta para las comodidades de la vida actual, y para cuyos desgraciados antecesores apenas hay un recuerdo, ni una simpatía, eran espiritualistas ya, creyendo en multitud de agentes animadores de la naturaleza. La religión y la mitología, son, pues, contemporáneas de la razón humana. En vano se intentará descifrar los enigmas que contienen, apelando solamente, como hasta aquí, á los complicados antificios de razas más modernas, cuya cultura y modo de pensar tienen muy poco parecido con la simplicidad de los primeros tiempos. Ni la mi-

tología griega, ni la latina, ni la aryana siquiera, tienen el sello arcáico que necesita la interpretación.

«Los más antiguos puntos de contacto, dice Muir, entre las ideas religiosas de los griegos y de los indios, de que se ha hecho mención desde luégo, son de un carácter diferente y restos innegables de una *mitología original que fué común á los antepasados de las dos razas.*»

Todos los exegetas modernos están conformes en que se debe ir en busca del mito primitivo y simple separándole de los enredos posteriores.

Los mitos no pueden ser comprendidos y apreciados, dice Grote, si no se refiere uno al sistema de concepciones y creencias de las edades en que tuvieron ellos nacimiento. Pero, ¿dónde encontrar ese mito primitivo, y á qué raza ó á qué pueblo hemos de recurrir para verle nacer? Le encontramos formado y más ó menos joven en el Arya, en Grecia, en el Lacio y en Germania, en Asiria y en Israel; mas, ¿dónde puede estar su cuna? La lingüística es el único y más poderoso auxiliar que en este caso se presenta.

«Una etimología, si es racional y bien fundada, y, por tanto, verdadera, da mucha luz,» ha dicho perfectamente M. Girard de Rialle (1).

Una etimología, en efecto, que por sí sola nos aclarase el origen del mito, en conformidad con el carácter simplicísimo que es propio de la candidez primitiva, y que además se encontrase confirmada por otras muchas tan naturales como ella y revelando coincidencias asombrosas, no sólo daría mucha luz, sino que resolvería el problema. Pero nadie, hasta ahora, ha presentado etimologías en tales condiciones con aplicación á los nombres de los dioses. Los dioses del Arya no tienen en el sanscrito etimología satisfacto-

(1) *Revue Linguistique, Du Methode en Mithologie.*

ria de sus nombres; y lo mismo sucede con los griegos, latinos, semitas, germanos, egipcios, americanos, etc. Sus nombres siguen envueltos en el misterio, y el mito, entre tanto, incomprensible, puede decir parodiando á la antigua diosa: «Ningún mortal ha descorrido mi velo.»

Grote (1) hace observar con razón que el mundo legendario de la Grecia, tal como nos es ofrecido, se muestra con un grado de simetría y de coherencia que no tenía en su origen, porque las viejas *balatas* y las antiguas historias que se cantaban ó contaban en las numerosas fiestas de la Grecia, teniendo cada una de ellas su motivo propio y especial, se han perdido. Las narraciones religiosas que el exegeta de cada templo tenía presentes en la memoria y que servían para expresar las ceremonias religiosas particulares y las costumbres locales de su propia *villa*, de su *demo*, habían desaparecido. Todos estos elementos primitivos, distintos y sin lazo en el origen, no existen ya para nosotros, quedando solamente una colección ó conjunto formado de la reunión de varias corrientes de fábulas enlazadas entre sí por el trabajo de poetas y logógrafos posteriores.

Todo esto se refiere á familias míticas dilatadísimas, cuya interpretación es preciso abandonar, porque probablemente no la tienen, siendo producto de narraciones caprichosas y exageradas al través de los siglos, y cuyo fundamento se desvanece en una complicadísima asociación de ideas. Nos queda, por lo tanto, para ser estudiado y servir de clave á la exegesis mítica, el mito simple, el mito primitivo, cuya explicación no deberá buscarse, pues no se encontrará, en los pue-

(1) Grote, *Histoire de la Grece, depuis les temps plus reculées, etc.* Tomo 1.º, pág. 126. París. Librairie internationale.

blos relativamente modernos en que aparece ya completamente formado y satisfaciendo sus necesidades religiosas.

De estos mitos sencillos en su origen y muy pocos en número, pero que dieron nacimiento á otros muchos en las diferentes religiones en virtud de una evolución sicológica y lingüística, es de lo que vamos á tratar.

Mas, ¿á qué medios recurrir para dar con una buena y verdadera interpretación? Hemos visto que no nos queda nada que pueda prestar auxilio positivo en semejante tarea. Los exegetas de los templos griegos habían llegado á olvidar, ó lo que es más probable, no tuvieron nunca idea aproximada de lo que pudieran haber sido en su origen sus respectivos dioses. Platón mismo, á pesar de su genio, abortó cuando quiso elevarse á investigar su origen.

Los grandes poetas del Rig-Veda, si bien no les preocupaba esta cuestión, no podían tampoco darse cuenta de cuál habría sido el principio de sus dioses. Ellos invocaban á *Indra*, y á *Pard-jania*, y á *Aditi*, sin saber lo que significaban estos nombres, ignorando la causa de sus mitos. El Veda, sin embargo es más antiguo que Platón y que los exegetas de los templos griegos; pero Muir tiene razón á pesar de considerarle antiquísimo en no considerar el Veda comola fe primitiva de la raza.

Pero existen otros libros que en la opinión respetable de Eugenio de Burnouf son más antiguos que los Vedas, los *Naskas*, revelados; se cree por Zoroastro, y á juzgar por el idioma en que están escritos, más agreste y menos desenvuelto que el de los Vedas, más próximos, según toda apariencia, á la fuente primitiva.

¿Nos dicen algo que ilumine el origen de los mitos? Tampoco.

No se puede esperar, por consiguiente, la aclaración del misterio sino por la lingüística que añadirá un milagro más á los muchos que tiene realizados.

Etimologías *racionales* y *bien fundadas* nos servirán de base en el nuevo ensayo.

LA LINGÜISTICA.

El resultado de las indagaciones á que vamos á dedicarnos en el curso de estos estudios, no podría tener valor ni peso en el juicio de los lectores si no tuviesen una idea del método científico en general y de los progresos de la filología y de la mitología comparada. Nuestras invenciones serían mal apreciadas si no se considerasen desde un punto de vista verdaderamente científico, el único posible tratando de un asunto tan resbaladizo si se ha de caminar sobre seguro. Nos es preciso, pues, por algún tiempo, separarnos de nuestro principal objeto, ya que sin una preparación anterior será difícil palpar el sólido fundamento de las apreciaciones sucesivas.

Existen además, aun en los que están versados en estos ramos de la ciencia, en los mismos maestros quizá, ciertas preocupaciones que nos vemos precisados á combatir. Esto no tiene nada de particular. Un hombre puede ser lo que se llama especialista; hacer adelantos considerables en determinadas partes del saber humano, y quedar estacionario en otras ó desconocerlas por completo, y como cuando no se